

durante seis años consecutivos aquella gente había hecho lo indecible para crear una comunidad en la que los bienes eran repartidos equitativamente entre todos ellos. Ante esta agresión, los penitentes, refugiados en el llano de Araripe, se dividieron en dos bandos. Uno, pacífico, dirigido por el Beato Lourenço, y otro, violento, cuyo líder era Severino Tavares, jefe de yagunzos. La pretensión de este último era atacar la ciudad de Crato, a 25 kms. de distancia, para hacerse con armas y hombres con la idea de recuperar Caldeirão. Esta iniciativa no pudo realizarse porque nuevamente una compañía de la policía militar auxiliada esta vez por tropas regulares y algunos aviones, bombardearon, asaltaron y dispersaron a la comunidad. El Beato Lourenço huyó a Pernambuco, Severino Tavares resistió en Pau de Colher, en el estado de Bahía, hasta que en enero de 1938 fueron todos asesinados por tropas del gobierno, contabilizándose un total de 400 cadáveres.

En Canudos se repite la misma historia, aunque la magnitud de crimen es muy superior. No habrá dispersión entre los seguidores de Antonio Consejero, todos serán masacrados. Tampoco habrá un único director político como en otros movimientos comentados, sino muchos. Es cierto que el Consejero tendrá una extraordinaria personalidad para reunirles e infundirles un halo de esperanza, pero también actuarán junto a él numerosos jefecillos ya conocidos en el sertón: Pedrão, Estevão, Joaquim Tranca-Pés, Chico Ema y otros, genialmente descritos por Vargas Llosa, como el negro João Abade y el caboclo Pajeú. Canudos va a ser la cima de la rebelión nordestina, el símbolo más alto de su lucha por la libertad y la vida. Su fuerza es también inmensa, resistirán durante un año cuatro expediciones del Ejército Regular y de la Policía Militar, con un total de 12.000 soldados, distribuidos en cuerpos de infantería, caballería y artillería. Primero fue un destacamento de la Policía Militar con 30 hombres, luego, y sucesivamente, fuerzas del Ejército de 550, 1.500 y 4.000 hombres, que no fueron suficientes para sofocar la rebelión, precisando de nuevos refuerzos, de nuevos generales y hasta del mismo ministro de la Guerra, mariscal Carlos Machado Bittencourt, que se desplazaría hasta Monte Santo para dirigir la última ofensiva del ejército brasileño.

Esta grandiosa epopeya va a encontrar la voz de dos grandes escritores: Euclides da Cunha y Mario Vargas Llosa. Ambos, desde diferentes épocas y con distintos presupuestos intelectuales, intentarán reflejar el combate de un grupo humano por su supervivencia, su cultura y su identidad. En ese casi islote originado por una curva del río Vasa Barris se unificó una multitud surgida de la más alta miseria e indefensión. Su fe en una idea, aunque estuviera equivocada, su resistencia y su valor ante el exterminio hacen recordar las epopeyas clásicas. El tema es apasionante. No es extraño que haya atraído a dos escritores entre los mejores que ha engendrado América Latina. Ambos, en la plenitud de sus capacidades, van a mostrar la singularidad de esta historia, el heroísmo de aquellos hombres y la profundidad de su tragedia. Canudos ha llegado a ser un mito no sólo en el Nordeste sino en la cultura universal. Confrontar ambas obras, y como simple comentario, podría ser útil no sólo para mostrar la diversidad de dos estilos que originan distintos espacios de ficción, sino también para reflexionar sobre el sentido profundo de la literatura.

6. Os Sertoos

Cuando Euclides da Cunha comienza el relato de las campañas militares contra el poblamiento de Canudos ha hecho una descripción minuciosa de la tierra, el clima y los hombres del sertón. Para explicar, para explicarse, el heroísmo de los yagunzos necesita crear previamente un ser épico, una tierra de leyenda y un clima mágico, donde no extrañen los hechos que se van a producir. Antonio Consejero es descrito con todos los datos biográficos de los que dispone el autor en aquellos momentos. Pero la biografía resulta un tanto vulgar. Un hombre del interior que vive en su infancia, al igual que el cangaço Lampiao, la influencia de una lucha de familias. Poco agraciado, después, en su matrimonio con una mujer que le abandona en la ciudad de Ipú, al fugarse con un policía. Nada en su historia que pueda preludiar su personalidad posterior. La obsesiva racionalidad de Euclides no encuentra explicaciones para una transformación de tal calibre. Necesita materialmente matar a este personaje y hacer surgir al «anacoreta sombrío de cabellos crecidos hasta los hombros, barba desordenada y larga, rostro cadavérico, mirada fulgurante, monstruoso dentro de un hábito azul de lino grueso, afirmándose en el clásico bastón, en el que se apoya el lento paso de los peregrinos»⁹. En el caso del Consejero, como en el de toda la historia de Canudos, es preciso retomar el mito, el sentido heroico de la vida y transplantarlo directamente a los sertones de Bahía. Canudos se transforma en una Troya de paja y barro, el yagunzo —como ya vimos— en un semidiós. Antonio Consejero era un profeta diabólico y misterioso, emergiendo del centro del astro solar como una estela de luz en el poniente. De poco valdrán tres expediciones, una de ellas capitaneada por un brillante militar: Moreira César. Canudos necesitará ser destruida, arrasada, aniquilada para siempre. En ningún momento se permitirán las medias tintas. Y este grandioso castigo exigía una grandiosa falta. Todo en *Os Sertoos* es exagerado, y todo, aunque parezca contradictorio, es real. Sirvan como ejemplo las últimas páginas de este reportaje único, aquellas en las que se describe la llegada del Beatito con las mujeres, los ancianos, los niños y las gentes que no podían combatir para ser entregados como prisioneros poco antes del holocausto final. Lo que sorprende en este texto es justamente su verismo. Continuamente el escritor, en notas al margen, nos recuerda que aquello fue recogido en el campo de batalla, escrito allí mismo, que las palabras son rigurosamente las mismas que se dijeron y que no hay engaño ni deformación por la distancia o por el tiempo. Y sorprende por lo que se cuenta, por que la simple anotación de campo tiene tal fuerza plástica, tal relieve épico que difícilmente puede ser superado por la imaginación. Dice Euclides que entre tantos desamparados resaltaba una niña cuyo «lado izquierdo del rostro fuera arrancado, hacía ya tiempo, por un casquillo de granada, de forma que los huesos de los maxilares resaltaban blanquísimos, entre los bordes enrojecidos de la herida ya cicatrizada... El lado izquierdo sonreía, y era pavorosa aquella sonrisa incompleta y dolorosísima, hermozeando un lado y extiguiéndose repentinamente en el otro, en el vacío de una calavera»¹⁰. Difícil encontrar una imagen más terrible, más trágicamente plástica de la crueldad humana. Frente a un tema como este no se precisa salir de la simple relación de los hechos para entrar en la epopeya.

⁹ *Obra cit.* p. 109.

¹⁰ *Obra cit.* p. 404.



Mestre Noza: Grabados sobre la vida de Lampêao (1962)